

cesitaba espíritu liberal, y no lo tiene la union; se necesitaba autoridad, y la union no la tiene; se necesitaba una historia más limpia, y la union la tiene manchada de sangre liberal. La reaccion cedería mientras tuviese miedo. Y á su vez, la union, por no perder las dulzuras del mando, cedería ante la reaccion. Y una y otra quedarían igualmente debilitadas y morirían de una misma muerte. Era imposible que la union liberal pudiera vencer el espíritu reaccionario, imposible. Se necesitaba otro Hércules más poderoso.

Entró, pues, el ministerio en el poder, con un programa que parecía inverosímil, y una actividad que parecía imposible. Sus primeras veinticuatro horas fueron de agitacion febril y continua, de impaciencia por decir palabras liberales y por restañar las heridas que habia abierto la anterior situacion. Pero pasaban estos primeros instantes, y el pensamiento del gobierno caía en el silencio, y su voluntad en la atonía. Nos preguntábamos despues de muchos dias por qué no habia reconocido aun el reino de Italia; ni dado aun la circular sobre desamortizacion; ni desbaratado aun la camarilla omnipotente que tenia en sus manos la suerte de las libertades pátrias, de estas libertades adquiridas con tantos esfuerzos y regadas con tanta sangre. Pasaban dias y más dias, y no sabíamos que el representante de España fuese á Florencia á decir que España existe entre los pueblos libres; ni que el ministro de Hacienda escribiera á los obispos para mandarles que entregáran los inventarios de los bienes vendibles, de cuyos rendimientos necesitaba con urgencia nuestro Tesoro; ni que el ministro de Gracia y Justicia hubiera dado las órdenes oportunas para que la célebre trota-conventos, que presidía las maquinaciones reaccionarias, pasase de Aranjuez, lugar profano, á Roma, donde tiene su asiento el jefe del catolicismo, y donde las almas místicas recorriendo desde las catacumbas á la cúpula de San Pedro, la escala de las persecuciones y de las

victorias cristianas, que por un extremo toca en los abismos de la tierra y por otro en los abismos del cielo, pueden adorar á Dios más á placer que en las cámaras de los palacios, ó en los conciliábulos de los facciosos.

Los liberales preguntaban en los primeros dias de Julio de 1865. ¿Por qué, por qué no habia hecho aun todo esto? ¿Por qué ni siquiera se habia puesto mano despues de tantos dias, en la acusacion de aquellos ministros que empezaron por violar con sus disposiciones sobre enseñanza, los derechos del pensamiento, y concluyeron por violar con sus dragonadas del 10 de Abril, los derechos de la vida humana? Y siempre encontraban en todas las conciencias y en todos los lábios la misma tenaz respuesta, esta respuesta que habia pasado á ser una clave para explicar todos los misterios de nuestra política: existían vivos, poderosos, incontrastables los obstáculos arrojados como otros tantos escollos insalvables en los procelosos mares de nuestra política.

La palabra «obstáculos tradicionales» servía para designar la familia real, la córte y sus secuaces. Y esta palabra demostraba cuán imposible es cohibir el pensamiento, porque admitida en tal sentido, nadie se equivocaba en España sobre su recta significacion. Así el partido liberal se preguntaba:

¿Será posible que nunca haya en España fuerza bastante para superarlos? ¿Será posible que nosotros, pueblo meridional, apto para comprender todas las magnificencias que la libertad guarda en su seno, hayamos de consumir nuestra vida entera en esta sed de libertad? Los periódicos cortesanos negaban que en la córte y en la familia real existieran esos obstáculos al progreso. Existen, sí, decíamos nosotros, existen los obstáculos, obstáculos tradicionales, que ora solapadamente, ora á las claras, cierran el camino á la libertad, y son la causa permanente de todos nuestros males. El país que antes lo adivinaba, entonces ya lo sabia. Durante solemne

sesion lo dijo en el Senado un anciano á quien algunas vacilaciones de sus últimos años no habian podido robar el respeto universal. Otros dias, con una tenacidad que será su gloria, el primero entre nuestros oradores parlamentarios los denunció al país con aquella elocuencia prodigiosa, con aquella sátira culta, con aquellos recuerdos históricos, con aquellas reticencias incomparables que hacían de sus discursos la esencia, el vapor de una agitacion moral llevada hasta los últimos pueblos de la Península. El mal tuvo su manifestacion, y el dolor del pueblo su quejido. No existía un corazon liberal que no entendiera por qué se malograban nuestras esperanzas, ni supiera en qué supremo esfuerzo residia el supremo remedio.

Y esto era de tal manera cierto, que antes podia creerse la frase de «obstáculos tradicionales» un arma de combate, un recurso de oposicion, una palabra usada por los que estábamos mal hallados en la cárcel estrecha en que nos consumiamos por tantos años. Pero ¿quién dudaría ya de que á la palabra respondiese la idea; de que bajo la frase se ocultase un grave, un trascendental concepto? ¿Quién lo dudaría cuando, no en la oposicion, no en este desierto desde el cual suelen descubrirse engañosos espejismos, sino en el poder, en la cumbre del poder, se veían los obstáculos neo-católicos, como una cordillera de negras preocupaciones opuesta á toda reforma? No éramos nosotros ya los que decíamos esto; era *El Diario Español*, el periódico semi-oficial del ministerio, el periódico que podia entregarse á una gran confianza, y que sin embargo, creía á la union liberal, á ese partido tan mezquino, tan cortesano, condenado en el ánimo de las camarillas á proscripcion en esta vida, y al infierno en la otra, por no sabemos qué reflejos de liberalismo, tomados tal vez contra su voluntad en el comercio forzoso con los partidos populares, sobre cuya cabeza gravitaba un anatema inapelable.

El Diario Español proclamaba que habia obstáculos para la libertad; que el neo-catolicismo oponia resistencias casi insuperables á toda reforma; que existían camarillas conjuradas en daño de todo intento noble, y que era necesario aperebirse á una lucha tremenda, á una lucha tal vez decisiva y suprema. ¡Ah! ¿Con que los estadistas de la madera de los conservadores, capaces de disolver unas Cortes Constituyentes y de ametrallar un pueblo, érais sospechosos, estábais excomulgados? ¿Y en último resultado, qué habiais propuesto? Medidas conservadoras, puramente conservadoras. Que la enseñanza pública volviera á las condiciones de la ley-Moyano, cuando la enseñanza pública necesitaba libertad; que el censo se bajase á doscientos reales, cuando el sufragio universal llamaba á nuestras puertas; que la ley-Cánovas, modificacion de la ley-Nocedal, se observara para regir nuestro pensamiento, cuando el pensamiento libre no cabe ni siquiera en la inmensidad de los espacios: que fuéramos el último de los pueblos en acercarnos al trono de Italia, despues de Rusia, despues de Roma misma, cuando ya hervía en el ánimo de las naciones latinas la idea de una confederacion de pueblos, que destrozase á todos los tiranos y fundara las bases de los Estados-Unidos de la Europa libre.

Pues si los mantenedores de la reforma-Narvaez, los de la ley-Nocedal, los de Loja, los de Badajoz, eran sospechosos al protervo neo-catolicismo, que ha difundido el veneno en las conciencias, la corrupcion en los corazones, y ha postrado nuestras fuerzas y ha hecho entecos nuestros entendimientos; si estos eran sospechosos, ¿qué seríamos nosotros, defensores genuinos de la libertad? Nosotros en la austeridad de nuestras creencias, en la rigidez de nuestra fé; nosotros, descendientes de esa genealogía de proscritos y de mártires que han regado con su sangre el camino de la libertad; nosotros, que creemos antes que todo y sobre todo en el

derecho que cada hombre trae consigo al nacer, derecho sobre su pensamiento, sobre su conciencia, sobre toda su personalidad; nosotros, que como fórmula política consagramos la soberanía de las naciones en armonía con las libertades sagradas del individuo; nosotros que hemos admirado y bendecido á Italia; que hemos llamado santo al ideal de los Estados-Unidos; que hemos creído siempre en la inviolabilidad de la conciencia humana, nosotros éramos los párias, cuya sombra maldecían, como si fuera la sombra de la muerte, esas viejas y leprosas influencias, comidas por el cáncer del neo-catolicismo, y en las cuales no cabe ni un soplo siquiera del espíritu vital de nuestro siglo.

Pues bien, no las engañéis, gritábamos todos á los gobernantes. Atrevéos á decirles una vez siquiera, que los pueblos no se detienen hoy ante ningún obstáculo. Ayer caminábamos atados y á cortos pasos. Pero hoy que hasta la materia inerte ha recibido del vapor y de la electricidad un espíritu, hoy caminamos en locomotora hácia el ideal del progreso. Cuando es necesario, no pudiendo detenernos, salvar un obstáculo, abrimos de par en par, como Hércules, la montaña que nos detiene, y salvamos todos los obstáculos, porque nos anima la libertad, cuyo reinado no vacila, y cuyos enemigos serán siempre vencidos, porque la libertad es la ley fundamental de todas las sociedades, la reina inmortal de todos los pueblos.

¿Y qué pueden querer los obstáculos tradicionales? preguntaban sus amigos. ¿Qué pueden querer la familia de Borbon y su corte sino conservar el régimen constitucional por el que han vivido y han reinado?

«¿Sabeis lo que quieren esos obstáculos? contestábamos nosotros, pues quieren aislarnos de toda la política europea; quieren que la nación que escribió el Código de 1812 sea un cuerpo muerto en medio de las naciones europeas. Quieren ¡oh juventud! tú que traes la idea de libertad en la mente, y la esperan-

za de la renovacion de la vida en el pecho, quieren que no pienses, que en vez de ser tu espíritu el ave del cielo, cuyas alas se bañan en la luz, sea el ave nocturna que habita en los panteones y los sepulcros. Quieren levantar el convento que tus padres han derribado, la amortizacion que tus padres han deshecho, la prévia censura que tus padres han roto, la inquisicion que han apagado tus padres; quieren reedificar la inmunda cárcel del absolutismo en que pasamos una agonía de tres siglos.»

La verdad es que inmediatamente que se presentaba una reforma, que se anunciaba el más leve cambio en sentido liberal, los obstáculos tradicionales se levantaban como un inmenso oleaje. Todo lo contrariaban, absolutamente todo. El más pequeño paso hácia el ideal del siglo, les parecia una amenaza de muerte; la más leve concesion, un caso de guerra. Se podia matar la cátedra, proponer la prévia censura, denunciar á todos los periódicos, conjurarse contra todas las libertades, sin que hubiera el menor obstáculo. Pero no se podia anunciar el reconocimiento del reino de Italia, ni la desamortizacion, ni la caída de las camarillas, sin que se levantase universal clamoreo en esos centros de donde salió la intervencion extranjera en 1823, y la guerra civil en 1833.

Comprendiendo un hombre de tan esclarecido talento, y de ingenio tan agudo y penetrante como el Sr. Posada Herrera que no podia seguir el gobierno á merced de la ceguera palaciega, pronunció el 3 de Julio de 1865 un discurso en defensa de la política del gobierno que era todo un cambio de ideas en sentido progresivo.

Al fin de tantos años de habernos oido llamar facciosos, ilegales, rebeldes, perturbadores de la sociedad, causa eficiente de la indisciplin social, de la sublevacion de los ánimos, veíamos que nuestros mayores enemigos, los hombres que nos quisieran proscri-

bir de la sociedad, se rendian de hinojos ante nuestros principios. Ya sabíamos que no era conviccion; ya sabíamos que no era sentimiento de libertad; ya sabíamos que no era para ellos la evidencia irresistible de la justicia; no; pero la libertad, esta idea madre de todas las ideas; esta ley fundamental, sobre la que descansan todas las instituciones; el espíritu de nuestro partido, el dogma capitalísimo de nuestra doctrina, habia llegado á tener tal fuerza, que sus mismos enemigos la reconocian y la aclamaban.

Nos llamábais facciosos cuando decíamos que era imposible, puramente imposible reprimir la imprenta, y vinisteis á confesar que en esta grande actividad de hoy, no es posible, no, reprimirla. Nos llamábais facciosos cuando decíamos que necesitábamos gobiernos de opinion, gobiernos que fueran la fórmula de las grandes aspiraciones sociales, y despues lo oimos tambien del Sr. Posada Herrera. Nos llamábais facciosos cuando asegurábamos que la libertad es la idea á que todas las naciones aspiran, el aire y la luz que todos los pueblos buscan, el principio vital de esta sociedad, y llegasteis á pedir con nosotros la libertad.... ¡Oh! Era tarde, muy tarde.

¡Qué conversion la del Sr. Posada Herrera! ¡Con qué facilidad pasó de sus antiguas ideas á las ideas nuevas! Hacia poco tiempo sustentaba desde ese mismo banco azul que la soberanía nacional era un dogma condenable, y sustentaba despues que el gobierno debe nacer de los comicios, de la soberanía nacional. Hacia poco tiempo sustentaba que no podia renunciar el gobierno á la direccion de las elecciones, y despues que el gobierno debía permanecer neutral. Hacia poco tiempo sustentaba que no se le daba ningún pedazo de pan al pueblo con darle un derecho, y despues que para traer más suma de actividades á la sociedad, para lograr que mayor número de ciudadanos se interesen en la gestion de los negocios públicos, para hacer que la nacion y

no los partidos estén representados en las Cortes se necesitaba con urgente necesidad que se concediera á mayor número de ciudadanos el derecho del sufragio. Pues si el Congreso habia de nacer de la sociedad, si se necesitaba una gran suma de actividades, si el sufragio debia ampliarse ¿por qué no admitir ya entonces el dogma del sufragio universal?

Imaginaos cómo se pondria el neo-catolicismo oyendo un discurso de esa suerte, y cómo se levantaria su intérprete más genuino y más elocuente, el Sr. Aparici y Guijarro. Detengámonos un momento á contemplar este orador extraordinario y á oír su admirable discurso.

El Sr. Aparici era Thamo. ¿No recuerdan nuestros lectores quién era Thamo? Pues bien, era un piloto. Plutarco nos refiere con su arte de narrador incomparable, la extraña manía de Thamo, la alucinacion de aquel navegante. Por todas partes oia extrañas voces, ni más ni ménos que oye el Sr. Aparici las voces de las brujas de la Edad Media, y las oye como oráculos. Un dia iba Thamo hácia Grecia y cuando dejaba las costas de Sicilia á su espalda, oia la voz que turbaba siempre su corazon y su mente. Aquella voz salia de los escollos y de las olas en una época de crisis suprema para el espíritu humano, á fines del siglo primero. Aquella voz decia: el gran Pan, el dios Pan ha muerto. Aquella voz interrumpió un festin, heló la sangre en las venas de Thamo, y debió volverle monomaniaco. El Sr. Aparici es el Thamo de nuestro tiempo. Para él todo se muere, todo se acaba. Cuando le oíamos, mirábamos al aire, y estaba tan diáfano: mirábamos al cielo, y estaba tan risueño; mirábamos al sol, y estaba tan luciente; mirábamos á nuestro alrededor, y veíamos jóvenes que sienten el placer de vivir; mirábamos á nuestra frente, y veíamos con éxtasis hermosas que son ó que están destinadas á ser madres, y no podíamos dejar de compadecer el milenarismo

del Sr. Aparici, que cree oír la trompeta del juicio, la voz del Antecristo, el desquiciamiento del planeta, cuando lo único que se desquicia y se muere es alguno que otro idollito que ni siquiera merece el tiempo por el Sr. Aparici en incensarlo. Se muere la prévia censura, se muere el gobierno teocrático, se mueren los últimos restos del absolutismo. ¿Y eso es el mundo? ¡Bah! Nos recuerda el Sr. Aparici á aquellos animalillos de que nos habla en su Historia Natural Aristóteles, que creen que se acaba el Universo cuando se evapora la gota de agua en que ellos han vivido. No se acaba el mundo; lo que se acaba es la gota de agua del señor Aparici, es el neo-catolicismo.

¿Qué discurso el discurso de 4 de Julio de 1865! Pocas veces hemos oído ninguno tan extravagante, y al mismo tiempo tan elocuente y tan grandioso. El Sr. Aparici aspiraba á tener unción, y sólo tocaba en la ironía. Cuando se esforzaba en hacernos llorar por la muerte de sus ídolos, nos obligaba á reír. Pero cuando sin esfuerzo usaba la sátira, nos admiraba. Verdaderamente esto es propio de todos los corazones donde la fé se hiela. En vano procurará soplar en las cenizas, avivarlas, encenderlas, se ha muerto la fé. Y no resucita, no resucitará á conjuros de magia ni á golpes de frase. La fé había muerto en el alma del Sr. Aparici. Nos lo demostraba lo hinchada que era la frase cuando el Sr. Aparici declamaba sus principios, lo natural y lo corriente, y lo admirable que era cuando el Sr. Aparici se reía de todo. En aquella sesión llegó á reírse con gracia volteriana ó irreverente del general O'Donnell y del cirio que empuñaba con su mano acostumbrada al sable, en las procesiones de San Pascual. ¿Podía haber hecho más un volteriano?

Seis partes tuvo el discurso del Sr. Aparici. Faltóle una para ser unas siete palabras. En cambio le sobró la entonación y lo afectado del sentimiento. Con ser tan bella la frase, parecía no un orador, parecía lo que el pue-

blo aragonés llama un cuaresmero. ¡Qué sermón tan largo! Se había propuesto llenar dos horas, y las llenó. Se burló de sus enemigos, injurió á los partidos liberales, y vió de nuevo la revolución amenazante.

El Sr. Aparici dice: puesto que el mundo se va, entreguémosle á los frailes. ¿Con que han de venir los cuervos antes que el mundo sea cadáver? De las mañas frailesas tenemos ya un ejemplo en la historia, ese grande receptáculo de todos los dolores humanos. Cuando debía llegar el año 1000, los frailes predicaban que se iba á concluir el mundo. ¿Cómo había de vivir despues de cumplidos mil años de la venida de Cristo? Entonces comenzaba el siglo futuro, es decir, la otra vida. No hay para qué decir cómo se recibiría en la barbárie y en la credulidad del siglo X aquella profecía. Los caballeros abandonaron sus caballos y tiraron sus lanzas. Los frailes recogían unos y otras. Los grandes señores, para salvarse, llevaban sus tesoros á las iglesias, y los frailes los guardaban. Los propietarios abandonaban sus propiedades y las recogían los frailes. Si quereis aspirar algunos vapores de este terror, registrad los cronicones de la Edad Media. Si quereis verlo materialmente, contemplad aquellas esculturas bizantinas que parecen temblar todavía sobre sus repisas. Mientras todos se aterraban, los frailes se reían. Ellos engordaron en aquel abandono universal; ellos se apoderaron de los bienes, de las riquezas que los crédulos habían dejado, y muy gordos, y muy ahitos esperaron el fin del mundo. Pues mientras el Sr. Aparici anuncia el fin del mundo, sus amigos comen. De seguro que la mayoría de los correligionarios tonsurados del Sr. Aparici, digieren mejor un jamon, por ejemplo, que un discurso del primero de sus abogados. El materialismo ha sido el vínculo de esa clase. Ya lo dijo un gran fraile que tuvimos en el siglo XVII, ya dijo que su gente nunca á Dios llamaba bueno sino despues de comer. Ya dijo un general de la orden de San Francisco:

«Mi voto de pobreza me ha valido tener muchos millones, mi voto de humildad me ha valido mandar sobre millones de hombres, y..... no quiero decir lo que me ha valido mi voto de castidad.» Y de toda esta prosa, el Sr. Aparici amasa un discurso en que no hay idea clara. Algunas veces, despues que ha combatido la libertad religiosa, la libertad de enseñanza, la libertad de imprenta, grita: viva la libertad. Es decir, viva la esclavitud para todos, y la libertad para el Sr. Aparici. ¡Oh política grande!

Lo cierto es que ni el marqués de Villena, metido dentro de su redoma, ignoraría el mundo como lo ignoraba el Sr. Aparici. Empezó á tratar la cuestión de Italia, y recordó que Víctor Manuel era tío, ó sobrino, ó no sabemos qué, de ese pobre rey Bomba, del último Borbon de Nápoles. ¿Pues qué, los reinos son hoy patrimonios de los monarcas? ¿Pues qué, por muy apretados que fueran los lazos de la sangre, tiene esto algo que ver con la suerte de los pueblos? ¿Que Víctor Manuel hería á un su primo en la guerra? Pues los católicos rancios hacían más; si tenían algun pariente libre-pensador, ó judaizante, lo entregaban á la Inquisición. Hasta hace poco se guardaba en Valladolid el recuerdo, con grande veneración, de la mujer de un protestante que denunció su propio marido al Santo Oficio. El fanatismo es el endurecimiento del corazón, el silencio de la conciencia.

En este discurso hubo una frase bellísima, la frase en que anunció el próximo destronamiento de Isabel II, recordando aquellas célebres palabras del inmortal poeta inglés: ¡dios, mujer de Jork, reina de los tristes destinos! Pero las elegías del Sr. Aparici, si poetizaban una sociedad muerta, no servían, no, para resucitarla.

Ménos podían aun servir las habilidades del Sr. Nocedal que se mostraba furioso en la tribuna, por haber reconocido el gobierno la existencia legal del reino de Italia.

No hay que dudarle. El Sr. Nocedal había

concitado á los obispos contra el reconocimiento del reino de Italia, y los obispos españoles iban á oír y á obedecer al Sr. Nocedal. Hace mucho tiempo que preside el episcopado español, que es cabeza suya, este respetabilísimo láico. Notadlo, la voluntad propia de los obispos está anulada y su pensamiento dormido. Alguna que otra vez salen de su letargo para asistir al coro, para administrar el sacramento de la Confirmación, ó para publicar las cartas apostólicas. Pero habla el Sr. Nocedal, dá la voz de alerta al episcopado, y el episcopado, como si una sola mano le moviera, se levanta y habla. Hace muchos dias que la enseñanza se ha secularizado, que la Universidad enseña filosofía sin curarse de la Suma, derecho natural sin curarse del derecho divino, y nunca se había levantado contra este dominio eminente de la ciencia, contra esta facultad suya, ninguna voz en el episcopado español, á quien debemos suponer celoso en el cumplimiento de sus deberes. Pero se reúnen cuatro láicos presididos por el Sr. Nocedal en la redacción del *Padre Cobos* ó de *El Pensamiento*; escriben algunas gracias ó algunos artículos contra la enseñanza pública, acusan sin pruebas, declaman sin fundamento; y el episcopado oye y sigue la voz que lo concita contra la cátedra, y los artículos de fondo de los diarios neo-católicos se convierten por arte mágica en pastorales de los obispos españoles.

¿Qué diferencia de los tiempos heroicos, de los tiempos puros del cristianismo! Entonces esos ancianos que hoy llamamos obispos, elegidos por el sufragio universal de los fieles, señalados con las sublimes distinciones del martirio, en vez de mover guerra predicaban paz, en vez de adular á los tiranos maldecían á Neron, ó detenían á Atila; y apartados completamente de los palacios, descendían á las ergástulas de los esclavos ó á las cabañas de los pobres, á llevar con los principios evangélicos que regeneraban el alma, el soplo de la caridad y del amor cristiano.